

LOS SALESIANOS Y LA EDUCACIÓN DE LOS SHUAR 1893-1920. Mirando más allá de los fracasos y los éxitos

*Juan Bottasso**

Los salesianos se hicieron cargo del Vicariato de Méndez y Gualaquiza (Ecuador) en 1893 y, después de un breve período de exploración del área geográfica, se dispusieron a realizar su plan misionero. El hecho de que ellos hayan acometido esta empresa después de las de Argentina, Uruguay y Chile tuvo su importancia, porque así pudieron disponer de la experiencia acumulada en el Cono Sur: algunos de los hombres claves de la fundación ecuatoriana se habían fogueado allá. El jefe de la expedición al Ecuador, Luis Calcagno, había viajado a Uruguay siendo todavía clérigo. El que debía ser el primer Vicario Apostólico, P. Ángel Savio, había antes recorrido Argentina, Paraguay y Brasil, pero la muerte por neumonía, al cruzar la Cordillera entre Guayaquil y Quito, le había impedido llegar a su destino. La posta fue tomada por Santiago Costamagna, otra pieza importante de las fundaciones salesianas en Argentina.

No es de extrañar entonces que la misma estructura física de las misiones de la Amazonía ecuatoriana reprodujera la de las misiones de Patagonia y Tierra del Fuego, las que, por otro lado recalcan, de alguna manera, el modelo de Valdocco: iglesia central, patios y locales para los estudiantes y los aprendices de oficios.

El programa misionero de los primeros salesianos del Ecuador se lo puede resumir en pocas palabras, que reflejan la visión compartida por todos los misioneros de aquel entonces: salvar almas y llevar la civilización. En este sencillo enunciado se encierra la teología y la antropología que subyacen a su accionar.

Pero, el caso concreto de los Shuar (entonces llamados Jívaros) presentó dificultades tan severas que llevaron al visitador Pablo Albera, en 1902, a definir las misiones del Ecuador como las más difíciles del mundo¹. Los Shuar, los célebres cortadores y reductores de cabezas, tenían fama de guerreros indomables y además no vivían en aldeas, sino esparcidos en la selva, lo que dificultaba enormemente los contactos y todo plan educativo.

* Salesiano, docente all'Università Politecnica Salesiana dell'Ecuador.

¹ Una relación detallada de la visita de Don Albera al Ecuador se debe a su secretario, Don Calogero Gusmano. Apareció en el BS de Turín, a lo largo del año 1904: pags. 138-141; 232-237; 267-270; 334-336.

Los misioneros Spinelli, Pankeri y Mattana², pensaban, con un optimismo que se reveló excesivo, que, después de un corto período de contactos, durante el cual atraerían a los «salvajes» con obsequios, atención médica y visitas familiares, estos no resistirían al atractivo de las ventajas de la vida civilizada, harían de la misión su punto de referencia, enviarían los hijos a la escuela, y se irían transformando rápidamente.

Se equivocaban. Lo sorprendente no es que esos rudos misioneros hayan acabado rindiéndose frente al fracaso evidente, sino que hayan aguantado 19 años antes de retirarse a Cuenca en 1912. Pero vayamos por orden.

1. La situación

A fines del siglo XIX, en pleno apogeo del darwinismo social, nadie ponía en duda un hecho: la civilización era una sola y el Occidente cristiano había alcanzado su expresión más elevada. Los indios americanos, especialmente los de las florestas, eran reliquias de un pasado remoto. Las repúblicas americanas, salidas del trabajoso proceso de emancipación y asentamiento interno, empezaban a hacerse conocer en el mundo y no querían proyectar la imagen de países en los que aún vivían salvajes.

No faltaban quienes proponían eliminarlos como un obstáculo al progreso del país, como lo hizo Hermann von Shering, director de Museu Paulista, en un artículo de 1907. La política de ciertos estados no iba lejos de esta teoría. ¿Qué fue, en efecto, la «Expedición del desierto» del argentino General Roca, sino una verdadera guerra contra los indios, que dificultaban la expansión agropecuaria hacia el Sur? Aproximadamente en la misma época Chile llevaba a cabo los últimos episodios de la ofensiva contra los Araucanos. De esta manera el exterminio de los indios del Sur argentino y chileno no se dio durante la Colonia, sino en plena época republicana, cuando aquellas naciones alcanzaban la fama de ser las más civilizadas del continente. Las películas norteamericanas se han encargado de ilustrarnos lo que pasó en la segunda mitad del siglo XIX en las inmensas praderas del Norte, con el avance de la «Nueva Frontera» hacia el Oeste.

En medio de este panorama no faltaron espíritus nobles, como el mariscal brasileño Cândido Mariano da Silva Rondón, que proponía soluciones más humanitarias: no eliminar a los indios, sino civilizarlos a través de la educación. A

² – Joaquín Spinelli nació en Imperia en 1868 y murió en Cuenca en 1949. Fue el primero en entrar en Gualaquiza, en 1893, juntamente con el Coad. Jacinto Pancheri.

– Jacinto Pancheri nació en Ramallo (Trento) en 1857. Hombre de dotes y energía extraordinarios, fue cofundador de la Academia Ecuatoriana de Historia y Geografía. Entre sus muchas realizaciones, el puente de cables de 80 mtrs. de luz, sobre el río Paute. Murió en Méndez a los 90 años.

– Francisco Mattana, 1857-1931. Aunque no fue el primero en entrar en Gualaquiza, fue el verdadero fundador de la misión. Murió en Centroamérica.

él se atribuye la afirmación, noble sin duda: «Se puede correr el riesgo de ser matados por los indios, pero, matarlos, nunca».

Para Rondón la verdadera civilización consiste en transformar al hombre en un ser siempre más apto para vivir en sociedad. Él descarta el concepto de razas superiores e inferiores, pero, de acuerdo con el evolucionismo, admite que existen pueblos avanzados y pueblos atrasados.

Cuando en 1914 el Occidente fue sacudido por las noticias del exterminio de poblaciones enteras en el Putumayo (frontera colombo-peruana) a mano de los caucheros, Inglaterra envió la célebre Comisión Casement para verificar los hechos.

El informe que fue publicado sacudió la opinión pública. Entonces Brasil fue considerado un modelo de conducta hacia los indios y Rondón alcanzó un prestigio internacional.

Los misioneros salesianos no estaban muy familiarizados con las ideas de Rondón, tanto más que él era positivista y masón, pero, de hecho las compartían.

Don Bosco había afirmado que en todos los seres humanos existen sentimientos positivos: el arte del educador consiste en descubrirlos y ayudar a que se desarrollen. Este principio se podía aplicar perfectamente a los «salvajes».

La teología que los misioneros manejaban se expresaba en fórmulas igualmente simples: No hay salvación fuera de la Iglesia; cualquier sacrificio es poco, para impedir que la Sangre de Cristo haya sido derramada en vano y para que se salve un alma.

Los «salvajes» no serían más que pueblos desdichados que, por el aislamiento, la degradación y la ignorancia del verdadero Dios, han quedado atrás o se han corrompido. También ellos pueden convertirse en «buenos cristianos y honrados ciudadanos». Se trata simplemente de inculcarles la religión verdadera y enseñarles buenas costumbres. Para esto es indispensable tomarlos a cargo con tiempo, antes de que se corrompan; hay que partir de los muchachos, mejor aún de los niños. No es suficiente rodearlos de atenciones, sino aislarlos del ambiente corrupto en que viven sus familias. Pretender que se hablara entonces de dialogar con los pueblos y de evangelizar las culturas, sería totalmente anacrónico. Por esto, estas observaciones no pretenden en absoluto emitir un juicio sobre las intenciones de personas heroicas, que se jugaron literalmente la vida para cumplir con su vocación, sino simplemente tomar nota (aunque de manera burdamente somera) de las ideas y circunstancias que inspiraron su acción.

2. El método educativo

El hecho que se trate de misioneros salesianos no resulta indiferente. Las antiguas Constituciones, en el Art. 7, rezaban así: «Siendo dignos de la mayor compasión los jóvenes a quienes, juntamente con sus familias y pueblos, no ha llegado aún la luz de Cristo, los socios se dedicarán con celo a trabajar en las misiones de infieles». Esto es todo lo que las Constituciones decían de las misiones.

Un salesiano se ocupa preferentemente de los jóvenes y los misioneros de los

Shuar concentraron su atención en ellos por un doble motivo: para ser fieles a su carisma fundacional y, además, por tener que trabajar en un ambiente primitivo y «salvaje» que habría sido impensable cambiar partiendo de los viejos, orgullosos de su forma de vida y seguros de sí. El único camino sería reunir a los niños en internados, reducir al máximo los contactos con la familia e ir acostumbrándolos a una vida «ordenada» y útil: respeto de los horarios y de las normas, escuela y trabajo en el campo, con una doble finalidad: producir lo necesario para subsistir y aprender la noble disciplina de una actividad provechosa. Probablemente el recuerdo de las antiguas reducciones debe haber asomado con frecuencia a la mente de los misioneros.

Pero circunstancias de todo tipo se cruzaron en el camino de la puesta en práctica de esta estrategia.

3. La sensación de fracaso

Apenas las misiones acababan de instalarse en el Vicariato, triunfó en el Ecuador la revolución liberal, que expulsó del país a todos los salesianos. Por estar refundidos en la selva y casi incomunicados, los tres que se encontraban en Gualaquiza permanecieron en el lugar pero, tan aislados, que su situación habría resultado insoportable, de no tratarse de hombres de un temple excepcional. El Vicario Apostólico, Santiago Costamagna, tuvo la prohibición de entrar al territorio y pudo visitarlo fugazmente solo años después de nombrado, en 1902. Cuando pudo fijar su residencia en el pueblito del Sigsig, al borde del Vicariato, pero fuera de él, era un hombre agotado por las fatigas y próximo a renunciar a su cargo, lo que hizo en 1918.

El Boletín Salesiano de Turín publicaba esporádicamente noticias sobre las misiones de los Jívaros, pero estas misiones seguían siendo sólo la de Gualaquiza, a la que se sumó más tarde la de Méndez. En 1902, aprovechando cierta bonanza política que reinaba en el País, entraron a Gualaquiza las Hijas de María Auxiliadora, una presencia que resultaba indispensable para hacer más completo el programa educativo de la misión. En efecto la mujer era vista como el anillo débil dentro del sistema de transmisión de valores en la familia. Un conocimiento superficial de la cultura hacía que se la viera reducida a elemento de carga, trabajo y reproducción, carente de autoestima y de consideración al interior de la sociedad shuar³. Vistas así las cosas era indispensable recoger a las niñas en el internado para educarlas en nuevos valores, que les permitieran jugar un rol social diferente. Pero lo que la sociedad shuar, aún firme en sus valores tradicionales, estaba menos dispuesta a permitir era a abandonar a sus mujeres en mano de terceros. Las estructuras de parentesco las asignaban desde niñas a sus preten-

³ En la relación de que habla la nota 1, Don Gusmano titula uno de los capítulos: «Envejecimiento de la mujer jívara. No es la compañera, sino la esclava». (Juan BOTTASSO, *Los Salesianos y la Amazonía*. Vol. I. Quito, Ed. ABYA-YALA 1993, p. 30).

dientes legítimos. El intercambio de mujeres era uno de los elementos dinamizadores de la sociedad shuar y los conflictos nacidos de las pretensiones sobre alguna de ellas, desembocaban a menudo en guerras cruentas.

Cuando, como se dijo, en 1912 los salesianos, desanimados, se retiraron a Cuenca, las Hermanas evidentemente los siguieron. La ausencia duró sólo pocos meses, pero las dificultades continuaron también después del regreso a Gualaquiza y la sensación de fracaso permaneció.

Esta impresión quedó grabada en una frase que se hizo famosa y fue dirigida por el nuevo Vicario Apostólico, Domingo Comín, al Papa Benedicto XV, en 1920, durante una audiencia. Al preguntarle al Papa sobre los progresos de su misión, el obispo había respondido: «Santidad, estamos regando un palo seco»⁴.

Ya he nombrado las enormes dificultades que la situación política del Ecuador había creado a los misioneros: aislamiento, ausencia de apoyo y recursos económicos, falta de seguridad en medio de un grupo humano hostil, imposibilidad de traer refuerzos del exterior y de dar un relevo a los ancianos y enfermos, ausencia forzada del Vicario Apostólico, que debía ser la cabeza y el animador del pequeño manípulo de misioneros.

Pero estas dificultades no fueron las únicas y tampoco las más graves. Existieron también otras de las cuales los salesianos no fueron del todo concientes, sino décadas después. Es que seguramente esos buenos Padres aún no habían tenido el tiempo de documentarse sobre la larga historia de los enfrentamientos entre Shuar y blancos, enfrentamientos de los que los Shuar habían salido siempre vencedores. Vale la pena recorrer algunos de los hitos de una crónica de desencuentros que duró casi cuatro siglos.

4. Un paréntesis histórico

El primer contacto con los blancos, los Shuar lo tuvieron en 1550. Al relatarlo, el capitán Benavente no los califica con términos precisamente elogiosos: «Es la gente más desvergonzada que he visto en todo el tiempo que he andado en las Indias»⁵. De aquí en adelante los calificativos no bajan de tono.

En 1688 el jesuita Lorenzo Lucero escribe: «Al primer rumor del español corre el bramo casi a un tiempo en toda la provincia y entonces hay perdón general de Jívaro a Jívaro, teniendo por mayor enemigo al cristiano contra quien, mancomunados y unidos en lo más fragoso de su camino, esperan de asechanza, que quien no conoce su malicia, muere sin remedio»⁶.

Es que los Shuar vivían en una zona rica en bienes codiciados por los blancos, como la canela y las arenas auríferas. Además ocupaban un territorio que

⁴ Antonio GUERRIERO, *Un Gran Pionero*. Cuenca, Ed. LNS 1969, p. 5.

⁵ Bernardino IZAGUIRRE, en «Mundo Shuar», serie 5, n. 5, pp. 21-22. Centro de Documentación y Publicaciones, Sucúa 1980.

⁶ *Ibid.*, p. 22.

constituía la puerta obligada de acceso a las célebres misiones del Mainas, baluarte español contra la expansión portuguesa en la Amazonía. Esto nos explica la afirmación del historiador franciscano Bernardino Izaguirre: «El asalto a los Jívaros resultó durante los siglos XVII y XVIII una verdadera obsesión para los españoles»⁷.

La tentativa más global, y que quería ser la solución definitiva del problema shuar, fue la del jesuita napolitano P. Francisco Viva. El consiguió el consentimiento del Obispo de Quito, Exmo. Dr. Sancho Andrade y Figueroa y de la Real Audiencia de la misma ciudad⁸ y «con ese afán de entregar cristianos a la corona, se propuso atacar a los Jívaros por los cuatro puntos cardinales y para ello preparó cuidadosamente armadillas de guerra que indistintamente, desde Mainas, Loja, Cuenca y Macas, debían acosarlos por las armas y las violencias»⁹.

Esto a pesar de que el fiscal de la audiencia, Don Antonio Ron, hiciera presente sus reparos por el excesivo empleo de fuerza previsto¹⁰. Corría el año de 1690.

El objetivo de Viva era el de trasladar a los indígenas río abajo y establecerlos en una reducción. Pero había cometido el error de subestimar las dificultades de la empresa. El Padre Lorenzo Lucero, que en 26 años de misión había entrado tres veces a tierras de Jívaros, ya en 1688 había hecho notar que éstos eran irreductibles y que solamente con un enorme despliegue de hombres y fuerzas había podido venir al cabo de algo, después de años de intentos¹¹.

Después de media década de luchas sin cuartel, el Padre Viva se vio obligado a capitular. Comentó tristemente:

«No se puede cumplir lo mandado, viendo y tocando con manos el estado presente de las misiones, tan alborotadas, cansadas, perdidas y exasperadas por los Jívaros... En 5 años se ha logrado sacar de sus escondrijos a 1360 Jívaros, pero ¿qué provecho espiritual se ha recogido?... De estos cautivos muchos se ahorcan y desesperan, otros, desesperados, se echan a morir, sin querer comer y beber, otros, métense palos en la garganta y se ahogan. Al fin, los Jívaros son como brutos animales»¹².

Es comprensible la amargura después del fracaso, pero es también asombroso lo que esta confesión nos revela, sobre la mentalidad de la época. A aquellos hombres en ningún momento les asalta la sospecha de ser ellos los agresores. Las casas de los Shuar son «escondrijos», como quien dice «madrigueras», de las que hay que sacarlos como animales dañinos; su amor a la libertad, que les hace pre-

⁷ *Ibid.*, p. 4.

⁸ *Ibid.*, p. 67.

⁹ *Ibid.*, p. 8.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 77-78.

¹¹ *Ibid.*, p. 60.

¹² *Ibid.*, pp. 68-72.

ferir un atroz suicidio al sometimiento, no es más que una prueba adicional de que son «brutos animales».

Mientras tanto los «Xívaros, espanto de los españoles»¹³ no se doblegan y siguen alimentando su leyenda y condicionando el desarrollo de la Misión de Mainas. Según nos informa José Chantre y Herrera:

«No dudaba el Padre Andrés (Camacho) que, ganada la nación de los Jívaros, mutaría el semblante de la nación de Mainas, por haber observado en ellos cualidades y prendas muy diferentes de los demás indios»¹⁴.

Finalmente hay la sospecha de que la altivez puede ser un valor. El Padre Camacho que, con toda probabilidad, conoció la lengua shuar, debió dejar Mainas por la expulsión borbónica.

Esta expulsión, que resultó traumática para la Iglesia latinoamericana, proporcionó una larga tregua a los Shuar, que seguramente no lamentaron la ausencia de los Padres.

Pero en 1870 el presidente García Moreno, había devuelto a la Compañía de Jesús sus antiguas misiones, por lo menos en el lado ecuatoriano. Fue así que los jesuitas entraron a Gualaquiza y Macas. Se quedaron muy poco tiempo. Vencidos por la sensación de la total inutilidad de su permanencia, el Padre Visitador, Agustín Delgado, retiró a los Padres de la zona.

En 1887 los Dominicos les dieron el relevo en Macas. Lograron permanecer 5 años y después izaron la bandera blanca. El Padre Enrique Vacas Galindo, joven dominico ecuatoriano que trabajó en Macas en aquellos años, dejó anotado:

«Si el Gobierno ecuatoriano no aprovecha el territorio oriental a favor de la inmigración y no salva los restos espirantes de la antigua raza jívara, procurando que sea absorbida por otra mejor, o invadida por los progresos siempre crecientes de la civilización moderna, en no lejano tiempo el Oriente será, no mansión de salvajes, sino guarida de víboras y fieras»¹⁵.

Antes de cerrar este paréntesis histórico, vale la pena añadir que en 1872 los Franciscanos entraron en la zona shuar del sur, Zamora, y la abandonaron, derrotados, a los cuatro años.

Tal vez fue una ventaja que los misioneros salesianos hayan desconocido en buena parte las dificultades experimentadas por los religiosos que los precedieron. Así pudieron comenzar con mucha ilusión y la experiencia de cuán duro sea querer cambiar una cultura, la pudieron hacer personalmente.

¹³ José CHANTRE Y HERRERA, *Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón Español*. Madrid, Imprenta A. Avrial 1901, p. 57.

¹⁴ *Ibid.*, p. 576.

¹⁵ B. IZAGUIRRE, en «Mundo Shuar», serie F, 5 p. 60. Centro de Documentation y Publicaciones, Sucúa 1980.

5. Buscando una explicación

El Padre Joaquín Spinelli, el primero que había entrado a Gualaquiza con el coadjutor Pancheri, llegó a preguntarse si no se trataba de una especie de maldición. Pero estos interrogantes asomaban en las cartas a los amigos y no en la literatura destinada al público. El Boletín Salesiano seguía publicando relatos sobre la vida y los progresos de las misiones, pero sin dar cuenta de la situación real.

Los artículos de propaganda y las cartas personales son dos géneros literarios muy diferentes. Las cartas pueden contener desahogos típicos de momentos de crisis y por ello hay que contextualizarlas, pero generalmente reflejan la realidad mucho mejor que la literatura edificante.

La resistencia shuar comenzó a resquebrajarse exactamente por los años 20 y desde allí la crisis ya no se detuvo. Veremos los motivos, pero ahora seguimos con el análisis del aparente fracaso de los misioneros.

El método educativo que se intentó implementar resultaba muy discutible, empezando por el punto de partida: el internado. Claro que es fácil hablar a distancia de décadas y en una situación general completamente diferente. Los misioneros no eran ni ingenuos ni desprevenidos y seguramente habían barajado todas las hipótesis posibles, sin encontrar ninguna otra viable. Ellos querían evangelizar y civilizar, pero los destinatarios eran inalcanzables. No vivían en poblados, sino en la selva y aparecían de vez en cuando a pedir regalos o a intercambiar animales cazados con objetos de metal, sal, anzuelos y telas. Una vez satisfechas sus pequeñas urgencias desaparecían por largos períodos, enfrascados en sus guerras o en la cacería. Para ellos los misioneros eran una presencia que no habían solicitado. A veces les parecía útil, pero también extraña y un tanto ridícula, por su aspecto exterior («la cara llena de pelos», ellos son lampiños) y la forma de vestir (largas sotanas negras, difíciles de justificar en medio de la selva, cálida y húmeda).

Además no tenían esposas ni hijos y parecían obsesionados por ciertos temas, como la manía de impedirles que hicieran la guerra, cuyo ejercicio para un Shuar era motivo de orgullo y la principal justificación de la existencia. Los primeros intentos de catequesis, formulada en un shuar balbuciente, limitadísimo en su léxico y con juegos de palabras incomprensibles, (¿cómo traducir gracia, trinidad, pecado, perdón...?) debían parecerles poco menos que ridículos. En efecto muchas veces se reían abiertamente de los misioneros, como cuando les enseñaban la imagen de su jefe que se había dejado matar y colgar de un palo, demostrando así que no era en absoluto un guerrero valiente, es decir una persona respetable.

Bueno: ¿cómo hacer para abrir una fisura en el orgullo de estas mentes obstinadas y autosuficientes?

Había que empezar por los niños, alejarlos de la familia, educarlos en un ambiente completamente aséptico. Pero, ¿se puede educar a un niño, no solo prescindiendo completamente de su familia, sino descalificándola, al definirla salvaje? Además, al quererlo tutelar de todos los peligros, se lo priva de paradigmas.

Por muy virtuosos que sean sacerdotes y religiosas, de ninguna manera resultan «modelos», porque llevan una vida celibataria, que nunca podrá ser imitada.

La tarea de civilizar era considerada un aspecto esencial de la actividad misionera. Esto condicionaba notablemente la actitud de los salesianos (y no solo de ellos) en cuanto los veía más preocupados por enseñar que por comprender. En el período que nos ocupa se realizaron notables esfuerzos en el campo lingüístico¹⁶.

Pero todo este esfuerzo se orientaba a adquirir herramientas para catequizar, más que para penetrar los secretos de la cultura. Para conocer la mitología shuar habrá que esperar las investigaciones de Siro Pellizzaro, cinco décadas más tarde. El único trabajo etnográfico realizado con seriedad científica y simpatía hacia la cultura shuar lo debemos al Padre Miguel Allioni. Es de 1912. Poco después de haberlo terminado, el Padre fue barrido por la fiebre amarilla, durante una visita a Guayaquil. Tenía 30 años.

6. Un método alternativo

Cuando los misioneros comprobaron que la resistencia de los Shuar a cualquier tentativa de convertirlos y cambiarlos era total, pensaron en otro método: favorecer la migración hacia sus tierras de colonos mestizos desde la región andina, azotada por la sequía y la falta de áreas cultivables. El ejemplo de una población civilizada y católica, probablemente estimularía el deseo de imitar su estilo de vida. Era un método ya ampliamente experimentado por el imperio romano que, al favorecer la sedentarización de sus legionarios, difundía de manera indirecta, pero eficaz, los modelos de la cultura romana.

Bartolomé de las Casas había ensayado en un primer momento este camino en tierras venezolanas, pero había quedado cruelmente defraudado y, en la Vera-paz de Guatemala, había dado un giro de 180° grados. Los jesuitas habían montado las reducciones en rechazo a este método. La separación entre indios e hispanos que no fueran los misioneros, debía ser total.

El segundo Vicario Apostólico, Comín, propendía en cambio por esta opción. Antes de ser consagrado Obispo nunca había trabajado en las misiones, sino en una ciudad relativamente grande como Guayaquil pero, como inspector, estaba al tanto de los esfuerzos desafortunados de sus salesianos que laboraban en la selva. Por esto no tenía mucha confianza en la evangelización directa, intentada hasta el momento. Más tarde la agiografía oficial atribuyó al obispo Comín el mérito de la genial intuición pedagógica que abrió el camino a la conversión del pueblo shuar, pero, en la práctica las cosas no se dieron así. Según el testimonio del Padre Juan Vigna, que lo conocía bien, por haber vivido años a su lado, el «soñaba con una acción lenta e indirecta sobre los Jívaros, lograda

¹⁶ Un panorama bastante completo de los estudios de la lengua shuar realizados por los salesianos se encuentra en Juan BOTTASSO, *Los salesianos y la Amazonía*. F. de Abya – Yala, 1993 T. III, pp. 1, 201-241.

por medio del contacto con los colonos blancos, cuya presencia en las florestas, él siempre sostuvo y fortaleció»¹⁷.

Sin quererlo, él rendía homenaje a la sólida autoconfianza del pueblo shuar, cuando, al escribir al Prefecto de Propaganda Fide Card. Guillermo van Rossum, hablaba de

«una raza tan soberbia, tan corrompida y siniestramente aristocrática en las favorables condiciones materiales en que se halla, condiciones que casi anulan los beneficios de la caridad de Cristo»¹⁸.

El Padre Albino del Curto fue llamado a abrir un camino de herradura que, cruzando los Andes, uniera la ciudad de Cuenca con el territorio shuar. A esta obra dedicó prácticamente toda su vida. El resultado despertó una simpatía inmensa hacia los Salesianos en todo el Ecuador y ayudó en gran medida a que las autoridades pasaran de la simple tolerancia de su presencia a la admiración. En honor al Padre Albino se levantaron dos monumentos, uno en el punto de arranque del camino y el otro en el punto de llegada. Su colaborador, especialmente en la construcción de puentes de cables, fue el coadjutor Jacinto Pancheri.

Los colonos comenzaron a bajar hacia la Amazonía y, con el tiempo, este flujo se hizo incontenible. Es probable que el fenómeno, en algún momento, se habría dado igualmente, aún sin la intervención de los salesianos. Pero los resultados de la iniciativa resultaron ambiguos. Por un lado esas nuevas presencias constituyeron el germen de futuros durísimos conflictos por la posesión de las tierras. La fundación de la Federación Shuar en 1964, un modelo en su género para las organizaciones indígenas de toda América Latina, nació de la urgencia de estructurar las comunidades shuar para defenderse de la invasión de los colonos. La tensión llegó a tal extremo que en Sucúa, sede de la Federación, en 1969 los colonos prendieron fuego a la misión: los misioneros estaban durmiendo y lograron salvar sus vidas con dificultad.

Por otro lado no se alcanzaron los frutos civilizatorios esperados. Ya se sabe que las vanguardias de una colonización no siempre se componen de los elementos mejores: no faltan las personas honestas, pero tampoco los aventureros, los desadaptados, los que huyen de la justicia, los buscadores de fortuna. Los Shuar, como suele suceder, no comenzaron aprendiendo los elementos mejores de la cultura mestiza, sino los menos positivos, como por ejemplo, el alcoholismo. Este momento, aunque lleno de ambigüedades, es inevitable. Antes o después, el contacto se da y, casi siempre, de esta forma. Si el grupo contactado no sucumbe en el proceso, más adelante las cosas se decantan y se equilibran. Con el pasar de los años los mestizos se han vuelto para los Shuar un paradigma de conducta, mucho más que los misioneros.

¹⁷ J. VIGNA, *Archivo Histórico de las Misiones Salesianas*. Doc. IV, 15, p. 7.

¹⁸ Antonio GUERRIERO, *Un Gran Pionero*. Cuenca, Ed. LNS 1969, p. 5.

7. El cambio

Como ya se dijo, las cosas comenzaron a cambiar muy entrados los años 20.

Entonces los salesianos recordaron lo que Benedicto XV había contestado a Mons. Comín: «Si siguen regándolo con el espíritu de Don Bosco, llegará el día en que el palo florecerá» y atribuyeron este florecimiento a la aplicación del sistema preventivo: cambiada la juventud se cambia la sociedad. Pero ¿por qué la juventud se dejó cambiar? ¿Por qué los Shuar permitieron que sus hijos se acercaran a la misión y aceptaran sus modelos? Es que se fueron convenciendo de que el mundo de los blancos les traía muchas ventajas y, por otro lado, era del todo imposible sustraerse a su influencia. Ellos habían entrado a sus tierras, los rodeaban por todo lado, colocaban fronteras y les decían que pertenecían al Ecuador. Una resistencia obstinada resultaba imposible; era preferible negociar y mandar a los hijos a aprender los secretos de tanta eficiencia. La misión resultaba ser el mejor intermediario para este acercamiento.

Pero estas consideraciones ya sobrepasan los límites cronológicos impuestos a este análisis.

Sin duda la experiencia salesiana con los Shuar fue algo más que una oportunidad para poner de manifiesto el heroísmo de unos misioneros, frente al desafío de un ambiente particularmente hostil. Se trató de algo más complejo, sobre lo cual el debate sigue abierto: el difícil encuentro entre dos cosmovisiones. En este caso el encuentro fue particularmente asimétrico. Aparentemente los salesianos eran la contraparte débil, pero constituían la vanguardia de un Occidente arrollador que, a la postre, no podía no triunfar.

Desde el descubrimiento de América y durante toda la Colonia, los europeos nunca dejaron de considerar a los indios como seres humanos en estado de infancia. Los impresionantes volúmenes del Código de Indias son un monumento al humanismo de la administración española. En toda la historia ningún imperio había demostrado tanta solicitud para defender de los abusos a los vencidos. Pero, nunca los llegó a considerar como personas adultas. Tampoco favoreció a los indios el viraje que se dio desde J. J. Rousseau, al considerarlos como seres ideales, no contaminados por la convivencia en sociedad («el buen salvaje»).

En el siglo XIX se los consideró como sobrevivencias de etapas pretéritas de la evolución de la humanidad.

Los misioneros, hijos de su tiempo y de la cultura en que se habían formado, no podían no compartir esta visión.

El cambio de mentalidad vino en la segunda mitad del siglo XX y no se debió a un empuje endógeno al interior del mundo misionero, sino al estímulo de causas externas: independencia de Asia y África, descolonización, conferencia de Bandung, Dien ben fu, Revolución maoísta, explosión de los estudios antropológicos.... El Concilio Ecuménico aceleró la evolución del enfoque teológico (Semillas del Verbo) pero el mismo Concilio es fruto de una mutación generalizada del escenario mundial.

Todo esto no se lo podía pedir a los misioneros de comienzas del siglo veinte.

Ellos se movían dentro del esquema de la «tabula rasa»: hay que limpiar el terreno de las malezas si se quiere colocar la buena semilla; o seguían el modelo del Arca de Noé: «Compelle intrare», obligar aún a las parejas reticentes a que entraran a la embarcación, para salvarlas. Así había que hacer con los «salvajes»: algún día sus hijos entenderían y agradecerían.

Pero si el Evangelio exigiera borrar el pasado de un pueblo, ya no sería una buena nueva, porque llevaría a destruir la memoria, es decir, las raíces, y entonces ¿de qué se alimentaría el futuro? «No vine a destruir la Ley ni los Profetas...». El cristianismo no había borrado la filosofía griega ni el derecho romano.

En los tiempos de la polémica sobre los ritos chinos y malabares la apertura no había sido la misma y las consecuencias perduran hasta hoy.

8. Un balance

Lo único que podríamos preguntarnos es si existía otra opción. Seguramente no serán pocos los que tienen lista la respuesta: ¡Claro que había otro camino: dejar en paz a esos pobres indios! ¿Para qué tanta obsesión por convertirlos y civilizarlos?

Es difícil decir esto a un misionero, en cuyos oídos resuenan las palabras de Cristo: «Vayan y prediquen».

Pero aún prescindiendo de argumentos de fe, que dejan indiferentes a los agnósticos e inclusive a no pocos cristianos de hoy, la acción de los salesianos fue perfectamente justificada. Haciendo un balance, con la perspectiva de los años, resulta evidente que, sin su presencia, la suerte de los Shuar, habría sido mucho peor. Hablamos de los años en que la penetración de los blancos era incipiente: poco a poco se volvería imparable.

La resistencia violenta de los siglos anteriores se volvió, no sólo inútil, sino contraproducente. La única manera para hacer frente a la nueva situación se daría en dos campos: aprender la lógica del mundo blanco, sus lenguas, sus leyes, sus fortalezas y debilidades y, por otro lado, mantener el aprecio por los propios valores, sin ceder a complejos de inferioridad.

En un primer tiempo los salesianos se concentraron en transmitir la cultura del mundo blanco; después, sin abandonar este plan, hicieron enormes esfuerzos para defender las tierras shuar, recuperar y documentar su cultura e inculcar en los jóvenes el aprecio por lo suyo.

La valoración de este esfuerzo depende de los puntos de vista. Hasta cuando se opinó que el máximo bien que se podía proporcionar a los Shuar era liberarlos de su presunto atavismo salvaje, el juicio sobre los métodos usados tendía a ser positivo.

Las críticas comenzaron a aflorar cuando la perspectiva cambió y se vio el «bien» del Shuar en la conservación de su identidad y personalidad tradicional, su desarrollo histórico autónomo, su capacidad de autogestión.

Estas disquisiciones podrían seguir indefinidamente, aunque en la actuali-

dad se propenda hacia el segundo punto de vista. Lo más práctico sería dar una mirada a los resultados. La tarea es nada fácil, porque es imposible comprobar la hipótesis contraria: ¿cómo sería este pueblo si no hubiera existido la misión salesiana?

Puede ser útil comparar su situación con la de otros pueblos amazónicos que no vivieron esta experiencia, así como la de algún sector del mismo pueblo, que quedó al margen de ella.

De hecho los Shuar han llegado a ser, no solo el grupo indígena más alfabetizado y más concientizado de la Amazonía, sino de los primeros en América en darse una estructura política. Y no es el único logro. Después de un contacto continuado con la cultura mestiza, que les ha permitido conocerla de cerca y después de haber experimentado la imposibilidad de asumirla plenamente, hoy bastantes Shuar están en condición de medir la importancia de recuperar su tradición y sus valores.

Hechas las debidas proporciones, tal vez se podría concluir, citando aquí lo que Jean Descola dice de las Reducciones jesuíticas:

«La experiencia de los Jesuitas en Paraguay abre uno de aquellos procesos sobre los cuales el debate se hace eterno y que nunca podría zanjarse, porque pone en causa al hombre mismo. No se puede concluir un debate sobre la naturaleza humana... No hace falta subrayar que el semifracaso de la Compañía de Jesús nada quita a sus méritos, al heroísmo de sus esfuerzos, el atrevimiento de sus proyectos. La ingenuidad, si la hubo, fue sublime. Si hubo cálculo, fue inspirado por una buena fe indiscutible»¹⁹

¹⁹ Jean DESCOLA, *Quand les Jesuites sont au pouvoir*. Parigi,... pp. 135-150.